

EL CARIBE, paradojas de una identidad

Rafael López Valdés

Una definición del Caribe

De acuerdo con los criterios geográficos más generalizados, la región del Caribe comprende los territorios insulares y continentales que circunscriben el mar interior de este nombre, aunque se incluyan otros próximos, fuera de sus aguas, como las Bahamas, El Salvador y las Guayanas.

Cualquier otra tentativa de definición del Caribe desde una perspectiva histórica, económica, cultural o lingüística, ha tropezado siempre con dificultades que emanan de su propia diversidad –pasada y presente– que no pocas veces ha concitado el más vivo debate de los estudiosos.

La llegada de Colón a estas tierras, siguiendo el derrotero de los vientos y corrientes atlánticos, se produjo precisamente a través del Caribe, puerta natural al mar océano. Su consecuencia a corto plazo fue el exterminio de la población aborígen insular, diezmada por encomiendas y enfermeda-

des. El nivel relativamente bajo, desde el punto de vista social, de las comunidades amerindias de las Antillas y el ritmo acelerado de su desaparición, son factores que contribuyen a explicar su escaso aporte a las culturas actuales del área. A pesar de ello, formando parte de la política oficial de algunos países caribeños, esa contribución ha sido artificialmente magnificada, en detrimento de reconocer en ellos el legado africano. De este modo, en República Dominicana, el *status* de negro, denigrado social, económica y culturalmente, se reserva para "el otro", es decir, para el haitiano, mientras que el dominicano de piel oscura será siempre indio, desde un punto de vista oficial.

Debido a la extinción temprana de los aborígenes de las Antillas es una característica común de sus sociedades el haberse formado a partir de inmigraciones foráneas, procedentes en lo fundamental de Africa y Europa y en menor grado de Asia.

En los primeros tiempos, las Coronas de España y Portugal serían detentadoras de las riquezas de un mundo que para los europeos fue nuevo, siguiendo la pauta de un centrismo que no nos ha abandonado aún. Muy pronto, sin embargo, el arbitraje papal sobre la "herencia de Adán", según palabras irónicas de un monarca francés, fue disputada por las armas de aventureros y potencias europeas. Británicos, holandeses, franceses y daneses irrumpieron en las azules aguas del Caribe, para arrebatar unas y otras islas al dominio español.

A partir de entonces comenzaron los contrastes. Mientras Cuba, Puerto Rico y la parte oriental de Santo Domingo tuvieron un escaso desarrollo económico durante los primeros tres siglos de la colonia, en las restantes islas se desarrolló, a partir del siglo XVII o inicios del XVIII, una

economía de plantación azucarera o combinada con la producción cafetalera, como fuera el caso de Saint Domingue.

Los primeros esclavos africanos llegaron a Cuba, La Española y Puerto Rico a comienzos del siglo XVI. No obstante, debido al férreo monopolio comercial ejercido desde la metrópoli y al hecho de que estas islas quedaban al margen de los intereses de los monarcas españoles, concentrados en la obtención del oro y de la plata, arrebatados en la tierra firme, dichos territorios insulares languidecieron económicamente, contrastando con la bonanza de las restantes islas. Es por ello que, aunque iniciado mucho más tarde, el comercio de esclavos alcanzó niveles relevantes en estas últimas, condicionando el rápido auge de una economía de plantación.

De todos los europeos asentados en el área fueron los ingleses los mayores beneficiarios durante los siglos XVII y XVIII, toda vez que obtenían cuantiosas ganancias del tráfico de esclavos, mediante la producción de artículos destinados a la Trata, de la ulterior transportación de los africanos en sus propios buques y luego, en las islas del azúcar, con la explotación del trabajo esclavo.

La plantación esclavista y por extensión las sociedades que conformó, asumieron características diferenciales en las islas británicas y francesas, así como en las restantes, en comparación con aquéllas bajo dominio español. De una parte se operó en ellas una gran concentración de la riqueza territorial y financiera, con la peculiaridad de que sus propietarios eran en gran medida asentistas y radicaban en la metrópoli, lo cual fue una práctica extendida particularmente en las islas británicas. La situación descrita impidió que llegara a formarse en ellas una burguesía residente, afincada en la tierra, cuyos intereses hubiesen

podido alentar la maduración a corto plazo de una tendencia nacional separatista. Fueron por tanto colonias de explotación exógena y no de asentamiento.

Desde el punto de vista de la estructura social se operó en ellas una polarización extrema: una reducida minoría de blancos y mulatos y aún más exigua de negros libres y una abrumadora mayoría de esclavos, africanos y criollos, reducidos a la condición de mera propiedad.

Las Antillas

En lo concerniente a Cuba, la mayor de las Antillas, sólo hacia fines del XVIII y comienzos del XIX, se dieron las condiciones propicias para el desarrollo de una economía de plantación, tanto azucarrera como cafetalera, seguida, bastante a la zaga, por Puerto Rico y la parte española de Santo Domingo.

Un factor fundamental que coadyuvó en tal sentido fue el cese del monopolio comercial metropolitano en 1789, que condicionó la entrada ilimitada de esclavos, sobre todo con destino a Cuba, y la exportación de las producciones domésticas.

A diferencia de las restantes islas del área, España tuvo en las Antillas colonias de asentamiento, a las que fueron a radicar, de forma permanente, excedentes de población que no encontraban en la Península la forma de ganar su sustento.

En contraste con sus competidores europeos, los esclavistas de las colonias españolas contaron con un régimen jurídico no más humano, sino más

astutamente flexible, reconociendo la capacidad del esclavo a poseer peculio, manipulado como resorte de estimulación individual, y a disponer de éste para comprar su propia libertad de manera aplazada y gradual. Desde luego que era ésta una posibilidad remota para el esclavo de la plantación, sometido a un régimen triturante de explotación, pero que, al menos, sirvió a los amos para nutrir en ellos una alienante esperanza de libertad. La automanumisión fue conocida bajo el nombre de coartación y tuvo vigencia a partir de su aprobación real en 1526.

La consecuencia inmediata de la coartación en las colonias españolas fue la formación en ellas desde el período colonial temprano de una capa social de negros y mulatos libres de radicación eminentemente urbana, pero también rural. La trascendencia cultural de tal forma de manumisión fue extraordinaria.

Mientras que, por ejemplo, en las colonias británicas o francesas la manumisión era otorgada graciosamente por los amos y se basaba en servicios excepcionales prestados por los esclavos o en la empatía alcanzada con ayuda de la aproximación cultural de éstos hacia sus amos, en las españolas tenían adicionalmente otras vías para lograrla, tanto por medio del incentivo económico individual —el peculio— como a través de la solidaridad étnica de grupo ejercida por los llamados cabildos de nación. Es por ello que en Cuba, la mayor receptora de esclavos de las islas bajo dominio español, se han conservado vivas poderosas influencias del legado cultural africano, puesto que la asimilación cultural no era un requisito para lograr la emancipación. Y una vez coartado, el africano estaba en condiciones de volcarse con mayor ahínco al reencuentro de una identidad étnica —no exenta de modificaciones— recreada en el ámbito de los cabildos.

Todavía estamos distantes en Cuba de haber alcanzado un nivel de conocimientos suficientemente satisfactorio de la sociedad esclavista colonial. La mayor información disponible hasta hoy se refiere a la plantación. Sin embargo, estudios recientes ponen de manifiesto la amplitud y trascendencia que alcanzó la esclavitud en la sociedad colonial, aun en aquellas producciones como el tabaco, que en Cuba se ha afirmado una y otra vez que era un cultivo libre y por añadidura blanco. Lo mismo puede señalarse con respecto a otros rubros económicos como la ganadería o los cultivos comerciales destinados al abastecimiento de la población urbana. Además, en las grandes ciudades, como La Habana, no había ningún sector productivo en que estuviera ausente la fuerza de trabajo esclava.

Otro tanto cabe decir en relación con los negros y mulatos libres, que en todos los sectores productivos compartían ocupaciones con los blancos, en lucha por la supervivencia, de modo tal que no había ninguna exclusivamente destinada a negros y mulatos libres. Sólo los estamentos superiores de la pirámide sociolaboral eran ocupados por españoles y criollos blancos: grandes y medianos financistas, propietarios y comerciantes, profesionales, empleados públicos y del comercio, clérigos y militares, categorías entre las cuales algunas estaban casi exclusivamente al alcance de peninsulares.

De lo expresado se deriva la afirmación de que la interacción entre los distintos estamentos socioraciales de la sociedad colonial de Cuba fue más intensa y estructuralmente profunda de lo que hasta ahora se ha asumido, con lo cual se ha restado importancia al papel global jugado en la sociedad por los africanos y sus descendientes, en cuanto a su trascendencia no sólo cultural, sino también social y económica. En este contexto

cabe hablar de la coexistencia de modalidades de un mismo régimen esclavista, cubriendo la gradación de diferencias de explotación entre la plantación y la pequeña parcela rural y, en las ciudades, desde el trabajo esclavo en cuadrillas, como el de la construcción, hasta el propio de la servidumbre doméstica o, aún más, el de los esclavos jornaleros que trabajaban a su arbitrio. Este último —entre otros— fue el de los portuarios, que conjugado con el sistema de incentivos que conducían a la coartación, es clave para explicar la recreación y ulterior pervivencia de la sociedad secreta Abakuá.

Fuera de la plantación, que propició, sobre todo, la interacción de africanos de filiación étnica diversa, en las restantes modalidades que asumió el régimen esclavista, también se operó una estrecha relación con otros estratos socioraciales de la población, toda vez que en ellas no fue excepcional, incluso, la coexistencia de trabajo libre y esclavo. Entre los corolarios de esta interacción se encuentra el proceso de transculturación que dio lugar a la formación de una cultura criolla-cubana y la práctica extendida del mestizaje, que es la característica racial más definitoria del pueblo cubano.

Las culturas europea y africana

Los colonizadores europeos tenían como proyecto imponer su cultura en todos los rincones del Caribe. Con más o menos éxito pudieron lograr que sus culturas sirvieran como marco de referencia para una interacción cultural en que las influencias africanas fueron su contrapartida más importante. Aun en los palenques, la más elevada expresión de la resistencia esclava, la lengua de los dominadores sirvió no pocas veces como vehículo de comunicación base de *lingua franca* criolla usada



Derecha (abajo). "A través de la palabra escrita, nos conoceremos unos a otros": Guaman Poma presenta su crónica sobre el Rey Felipe III de España en 1615. Izquierda (arriba). Un oficial inca muestra un khipu de cordones anudados en el cual se guarda información administrativa.

entre africanos de filiación étnica diversa. Ese fue también el caso del creole en todas sus modalidades. Al propio tiempo, expresiones culturales africanas como la música, los bailes y las creencias y prácticas religiosas, se abrieron paso y encontraron un lugar destacado en las nuevas cul-

turas de las islas. De este modo el Dios protestante o católico, los santos y vírgenes de una teología llegada de Europa, fueron reinterpretados en conjunción con las deidades africanas y las fuerzas telúrico-naturales, así como la presencia ausente, vital y actuante, de los espíritus de los

muertos. Fue ésta una especie de victoria cimarrona de las culturas dominadas, echando raíces y emergiendo como el *iroko*, el árbol poderoso y sagrado, en un medio totalmente adverso y hostil. Siguiendo este camino, las culturas caribes fueron ganadas por la espiritualidad africana, que en sentido inverso ha dejado también un sello característico en la religiosidad ortodoxa, católica o protestante.

Cualquier tentativa de definición del Caribe en términos culturales encontrará divergencias referidas, en general, a las influencias ejercidas por los dominadores europeos, entre ellas las lingüísticas. En el polo opuesto, las similitudes que conforman la impronta de una identidad compartida, están íntimamente imbricadas con los pueblos africanos.

Según estimaciones conservadoras, unos seis millones de africanos llegaron con vida al Caribe insular y continental. Las mayores aportaciones humanas de esta diáspora, la más grande en la historia de la humanidad, se hicieron por pueblos Bantu, arrancados por la fuerza de Angola, Congo, Zaire y Mozambique; por los Yoruba, los Ibo, Ibibio e Idjaw de Nigeria; los Ewe-Fon, de Benin; los Ashanti-Fanti, de Ghana y los Mandingo y

Wolof del extremo occidental del Africa Negra. A ellos se suman otros muchos aportes humanos procedentes de un inmenso territorio, hábitat original del que procedieron más de doscientos pueblos distintos.

Las combinaciones de pueblos y culturas africanas y las modalidades de su interacción con los europeos, en las condiciones históricas particulares de cada isla y región, dieron lugar a la génesis de nuevas entidades culturales y étnicas en el Caribe.

Es un imperativo de nuestros días esclarecer, en sus diversas facetas, los nexos que unen a los pueblos africanos con otros pueblos, europeos y asiáticos, cuyas influencias convergieron en la identidad del Caribe. Todavía existen multitud de mitos étnicos, raciales, sociales, económicos y culturales, que adulteran y tergiversan las contribuciones y el legado de los africanos, tratando de minimizar su relevancia. Es ésta una tarea que también concierne, en mayor escala, a los pueblos y países, en cuya formación histórica estuvo presente el aporte de los pueblos africanos. Tales estudios contribuirán a establecer las raíces de una identidad compartida, pero todavía no del todo rescatada ni hecha consciente.